

BIBLIOGRAFIA

OTTO ZERRIES, *Wild- und Buschgeister in Südamerika. Eine Untersuchung jüngerzeitlicher Phänomene im Kulturbild südamerikanischer Indianer* (Espíritus de los animales de caza y del monte en la América del Sur. Una investigación acerca de fenómenos de la época de los cazadores en la cultura de los indígenas sudamericanos). En: *Studien zur Völkerkunde*, publicados por el Frobenius-Institut de la Johann Wolfgang Goethe-Universität, Frankfurt s. el Meno, tomo XI. 401 págs., Editorial Franz Steiner, Wiesbaden, 1954.

El presente libro pertenece a aquella serie de publicaciones, editada por el Frobenius-Institut, que en lugar de exponer la totalidad de las manifestaciones materiales y espirituales de una determinada tribu o región, trata de abarcar un aspecto cultural característico en su difusión continental entre los pueblos primitivos y, en particular, una de las exteriorizaciones más típicas para la estructuración de la cultura indígena de Sudamérica.

Presupone esta finalidad, por una parte, una exposición descriptiva que toma en consideración la compleja multiplicidad de fenómenos, en sus aspectos materiales y sus particularidades espirituales y, por otra, una síntesis que ordena e interpreta el material en su reciprocidad significativa y sus alcances culturales para la autenticidad evolutivo-autóctona del continente. De esta manera, el autor logra establecer, a través de una visión morfológica, una íntima conexión y continuidad de hechos y sentidos, de profunda penetración en el pensamiento mítico social de pueblos y épocas arcaicos, visión que por sus dimensiones espaciales y temporales transmite resultados de mayor importancia para el conocimiento de los fenó-

menos particulares, de su "estratificación" cultural y de sus orígenes, en un sentido etnológico.

En lo que se refiere al método de investigación aplicado en este libro —la presentación e interpretación de fenómenos primordialmente mitológicos mediante una visión comparativa basada en un material bibliográfico sumamente abundante y diferenciado, que a veces hasta se interioriza en otros continentes (Africa, Asia, América del Norte)—, esclarece las formas fundamentales de la realidad viviente a través de un procedimiento crítico que descansa en el "Gestaltendenken", el pensar estructural, de trascendencia actual también para las ciencias del espíritu en general (cf. *Boletín de Estudios Germánicos* III, editado por la Sección Lengua y Literatura Alemanas del Instituto de Lenguas y Literaturas Modernas de la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1955, pág. 236), siguiendo así la orientación iniciada por el gran investigador de los "Kulturkreise" —los ciclos culturales— que abrió nuevas y profundas perspectivas en el campo de la etnología comparada.

La exposición del material ofrecido en este tomo es clara y sugestiva. En dos grandes capítulos, precedidos por una "introducción" metodológica y orientadora, el autor transmite las características etnológicas (y donde sea necesario, etnográficas) de su tema (A: *Los espíritus de la caza*. B: *Los espíritus del monte*), mientras que un tercer capítulo (C: *Resumen y resultados*) caracteriza los fenómenos tratados en su reciprocidad cualitativa y los interpreta en su significado intrínseco, profundizando sus alcances intercontinentales y tipológicos, como categorías psico-míticas, y destacando en lo posible sus fuentes regionales o sus raíces espirituales entre los aborígenes sudamericanos.

Partiendo de la figura precolombiana de *Corupia* como "dueño de los animales", mitologema originado entre los *tupí* y las tribus "tupizadas" de la cuenca del Amazonas, Zerries investiga las relaciones existentes entre el sol y la luna, por una parte, y la fauna y flora, por otra. Aunque en la mayoría de las regiones sudamericanas no existe una separación neta entre ambas esferas (sol-fauna y luna-flora), puede afirmarse

que el concepto del sol como protector de los animales de caza, aliado del cazador o creador de animales está generalizado entre los arcaicos pueblos periféricos del continente (en Tierra del Fuego y el este del Brasil). A base de una documentación bibliográfica amplia, el autor establece, por consiguiente, una relación directa entre los dos importantes ciclos culturales, el andino y el amazónico, que parece haberse originado por influjos, atribuidos a los pueblos *tupí*, de elementos "prototemistas", en la época de los cazadores. En este contexto, también la *mítica serpiente* como dueña de los animales, o aliada del cazador, la cual igualmente otorga poderes de hechizo para la caza, cobra importancia por la antigüedad y originalidad del fenómeno, como también la posee el uso de ranas, sapos y otros animales menores (insectos, batracios, etc.), como agentes de hechizo en favor o perjuicio de la caza. Ampliamente difundidos son, finalmente, los espíritus y demonios de peces y otros animales acuáticos. Por otra parte, muchos dueños de animales son identificados con determinados astros o constelaciones, de manera que bien puede generalizarse el concepto de v. d. Steinen de que, en Sudamérica, "el indígena ve en el cielo preferentemente animales, porque observa conforme a sus intereses de cazador".

Concretamente, la multiplicidad de conceptos relacionados con la caza se manifiesta en una gran variedad de ritos y ceremonias mágicas. Así, el aspecto de la "reconciliación" con la especie, al matar un determinado animal, se encuentra a través de todo el continente en numerosas y variadas formas, que no obstante su diferenciación local evidencian la existencia de importantes grupos fenoménicos y círculos culturales regionales. "El comportamiento frente al animal cazado se relaciona íntimamente, dentro de lo órbita del pensar de los cazadores, con la actitud frente a los animales antes de o durante la caza" (pág. 364). Del material expuesto, Zerries deduce acertadamente, con Ad. E. Jensen (*Mytos und Kult bei Naturvölkern*. Wiesbaden, 1950, pág. 169), que "una gran cantidad de costumbres de caza, que en general son catalogadas como "hechizo de caza", se relacionan sin duda alguna con esa idea del dios [v. gr. del "dueño de los animales"], y de nin-

guna manera son mágicas o hechiceras sino legítimamente religiosas" (pág. 365). "Al principio, el animal mismo fué la divinidad" (pág. 369).

No menos interesantes son las exposiciones del autor referentes a los espíritus del monte (o bosque). La plenitud de aspectos botánicos evidencia, en este sentido, significativos paralelismos con los espíritus de la caza, en la bifurcación y variación de sus fenómenos y creencias (cf. el dueño del bosque y los espíritus protectores de cada especie de árboles), que lleva hasta la confusión de ambas esferas (espíritus de la caza que moran en árboles; plantas que sirven de hechizo para la caza). Así, el mito botánico, y muy especialmente de la flora silvestre, se fusiona con el mitologema perteneciente a la órbita de la fauna, dado que ambos se remontan a la etapa histórico-cultural de la explotación del mundo orgánico en su estado no cultivado aún.

Una amplia documentación se ocupa, igualmente, de las características externas y dinámicas de los espíritus residentes en el monte (que Zerries distingue acertadamente de los espíritus del monte): expone y comenta el papel de los cérvidos y monos, la falta de cabello en la cabeza, el motivo de la "falsa curación", la anomalía de los órganos genitales, el secuestro de niños, la falta de uno de dos órganos simétricos (ojo, pie, perna, brazo, pecho), otros defectos físicos, el espíritu como dueño de los muertos o guarda del mundo subterráneo, como antagonista de los "héroes gemelos", creador de la tormenta o dueño del viento, su relación con otros fenómenos atmosféricos (trueno, relámpagos), su carácter de espíritu de la noche o de la "pesadilla personificada" y su capacidad de autotransformación que a menudo le es propio, "como documentación de un principio puramente espiritual" (pág. 385).

De una manera especialmente intensa se vincula con la esfera de los espíritus de la caza y del monte la figura del hechicero o curandero indígena, quien mantiene estrechas relaciones con aquéllos, como por otra parte, muchas enfermedades internas se consideran originadas por tales espíritus. El chamanismo sudamericano contiene muchos rasgos espirituales y rituales del complejo etnológico de la caza lo que, con-

trariamente a otros continentes donde este aspecto se define en épocas posteriores, documenta plásticamente que Sudamérica posee un carácter transitorio y "fluctuante", en lo que atañe a la configuración espacial e histórico-temporal de su cultura autóctona. De todo ello se deriva —he aquí el valor del libro de Zerries— que la cultura de la época de la caza está arraigada aún profundamente en el continente. Su específica estructuración impregna las características espirituales, mitológicas y costumbristas de aquellas zonas donde el elemento étnico primigenio sobrevive, como realidad autóctona o tradicional y aún en contacto con ciclos culturales más elevados y con etapas posteriores de la evolución histórico cultural de Iberoamérica.

He aquí algunas observaciones particulares: En el párrafo A 7 (pág. 30), Zerries se ocupa del espíritu *Llastay* de la región de Catamarca, que el autor relaciona con el *Coquena* del Gran Chaco y con *Wasa-mal-ku* de los aimará de la alta planicie andina. Sobre el *Llastay* ofrecen datos muy característicos Adán Quiroga, *Folklore calchaquí*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Sección VI, tomo V, Buenos Aires, 1929, págs. 22 s. (con más bibliografía), y Ernesto Morales, *Leyendas de indias*, Buenos Aires, 1928, pág. 159 (*Yastay*) —no consultados por Zerries—, que confirman y amplian sus noticias. Ambos autores reproducen, igualmente, una serie de mitos de la naturaleza, el segundo de los indios quichua, guaraní, calchaquies y araucanos, que ofrecen abundante material suplementario sobre la temática expuesta; cf. p. ej. en Morales, *ob. cit.*, págs. 120 ss., la leyenda de la *Dueña de las Aguas*, la luna, que convierte al novio en sapo, para que se reúna con ella en las aguas de la laguna: "este es su origen divino" (*ibid.*, pág. 125). Véase, además, la importante obra recientemente publicada por Bertha Koessler Ilg, *Cuentan los araucanos* (en *Colección Austral* Nr. 1208, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1954), redactada a base de recopilaciones personales de la autora en la región de San Martín de los Andes, donde ha pasado gran parte de su vida.

De mayor interés para el tema de los espíritus del bosque es el breve estudio de Wanda Hanke, *Religion und Aber-*

glaube bei den Chaco-Indianern (Religión y supersticiones entre los indios del Chaco), en: *Phoenix*, Zeitschrift für deutsche Geistesarbeit in Südamerika, XXII, 5|6, Buenos Aires, 1936, 37, págs. 3-5, igualmente redactado a base de investigaciones personales en la región, y que, difícilmente accesible, ha sido pasado por alto por Zerries. Expone la autora que, al atravesar a caballo, en horas de la noche, los bosques vírgenes de las regiones entre Caaguazú e Itú, en el noreste del Paraguay, "a menudo se oye, desde lejos, un extraño silbido. Es el maligno "Pombero", espíritu del bosque, quien trata de hacer daño al hombre. Libera a los caballos de su ronzal y los espanta, mata a los hombres y secuestra a mujeres y niños, llevándolos al bosque. A veces, se vuelve a encontrar a los secuestrados, pero entonces carecen de la voz, la vista o el juicio. Durante la noche, entra a veces a las solitarias chozas, en la figura de un gigantesco negro". A primera vista, puede pensarse aquí en una influencia africana, que a veces existe en algunas zonas latinoamericanas (véase Zerries, *passim*). Sin embargo, nos inclinamos a creer en un error de la autora, que aparentemente confundió al "gigantesco negro" con un "gigante negro", figura ampliamente conocida entre los indios sudamericanos, como espíritu dañino de los bosques (véase abajo). "Así —prosigue la autora— "Pombero invade las comarcas, con preferencia en las noches de tormenta, durante la tempestad y cuando el cielo está cubierto. Más, este espíritu tétrico también puede ser débil: le gustan el tabaco y los dulces. Se le puede comprar con ellos y hasta hacerlo amigo de uno. Entonces, se adquiere riqueza y poder. Pombero es de origen guaycurú. Odiaba a su progenitor y despreciaba la leche materna. Por ello, sus padres le pegaron cada ocho días y casi le dieron muerte. Entonces, huyó a los bosques, y desde entonces se le conoce como espíritu maligno". Hasta aquí Hanke. Se trata, pues, de un auténtico "dueño del bosque", comparable por sus características y su malignidad al espíritu de los kanamari, que igualmente acepta tabaco para su aplacamiento (Zerries, pág. 208); espíritu que también se menciona en relación con la tormenta (*ibid.*, pág. 209: *Yamadú*, entre los pacimonari del Orinoco superior), que a menudo es de color negro (véase la amplia documentación en Zerries, págs.

209 ss.) y a veces vuelve locos a los indios que se encuentran con él (el "*küyikhama del bosque*", entre los lengua del Gran Chaco; *ibíd.*, pág. 212). Hanke cita también a *Pora*, espíritu de los que murieron o fueron asesinados en el bosque, al igual que *Pombero* invisible, pero a veces también real y capaz entonces de matar al viajero nocturno. Además, los indios caingúá conocen —según W. Hanke— a *Jazy Yateré*, rubio y bello mancebo y compañero de una diosa, de la cual se había separado, vagando desde entonces por los bosques y alimentándose de gusanos. No es maligno. Y cuando secuestra a los niños, éstos sin embargo siempre vuelven a sus lares. Finalmente, Hanke expone la leyenda de *Lovison*, séptimo hijo de la familia transformado en perro, y de *Tayai tayai*, espíritu monstruoso y maligno del río de igual nombre, entre Tabaj y Curuzú. Véanse también los interesantes datos de la autora sobre la cosmología de los caingúá y lengua. Sobre el *wilan*, espíritu residente en árboles, y su relación con la hechicería de los matakó compárese A. Métraux, *Nota etnográfica sobre los indios matakó del Gran Chaco*; en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, tomo IV, Buenos Aires, 1944, págs. 14 ss. Es idéntico a los *Welan*, mencionados por Métraux en un ensayo anterior (*Mythos and Tales of the Matakó Indians*. Göteborg, 1939), consultado también por Zerries (*ibíd.*, pág. 220).

Referente al chamanismo y el papel de los espíritus de la caza y del bosque en la medicina popular (Zerries, págs. 386 ss.) remitimos también a Tobías Rosenberg, *Curiosos aspectos de la terapéutica calchaquí*. Tucumán, 1939, págs. 24 ss., 61 ss.: exorcismo; págs. 133 ss.: el sapo; págs. 47 ss.: fitoterapia. También la obra de Rosenberg comprueba que estos fenómenos están relacionados en gran parte con la mitología o cultura de la caza y del monte, de la época de los cazadores.

El autor de la obra que reseñamos ha utilizado la bibliografía más importante, antigua y moderna, que existe sobre la materia. Un índice completo de nombres y conceptos hubiera facilitado la búsqueda de los hechos y fenómenos tratados, como también el estudio comparativo o sea, la ampliación de los datos y resultados expuestos, a base de nuevas fuentes bibliográficas.

En resumen, el libro de Zerries, redactado con alto criterio científico y una evaluación concienzuda de la bibliografía respectiva, presenta una amplia fenomenología del tema propuesto, que ahonda con erudición en el esclarecimiento de los problemas atinentes a la etapa cultural más arcaica del continente sudamericano. La conclusión más trascendental del libro descansa precisamente en el hecho de que "en la evolución cultural de Sudamérica... la superación de la cultura de los cazadores por la agricultura a menudo se ha efectuado en un sentido económico pero no ideológico" (pág. 1), y muy especialmente en lo que atañe a la cosmovisión de los aborígenes y hasta de los campesinos actuales, cuyo folklore posee aún características esenciales de aquella arcaica capa de gestación etnológica.

A. Dornheim

Universidad Nacional de Cuyo
Mendoza

WORMINGTON, HANNA M. *Origins Indigenous Period I, 1* Program of the History of America.— Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Comisión de Historia, Méjico D. F. 1953.

Publica nuevamente este Instituto, una de sus valiosas contribuciones a la historia de América. Esta vez, como homenaje a José Martí en el centenario de su nacimiento, edita un estudio sobre el siempre apasionante problema de los orígenes del hombre americano y es su autora la Profesora Hanna M. Wormington, quien nos brinda un enjundioso trabajo sobre el panorama actual del mismo.— La obra, editada en inglés en folleto de 107 páginas, actualiza los conocimientos de la prehistoria del hombre en el continente americano y nos da una síntesis completa del asunto, circunscripta a los temas y aspectos fundamentales de las teorías clásicas y modernas más autorizadas, una valiosa y moderna bibliografía y una admirable estructuración didáctica, en tal forma que rebasa los límites de simple resumen o reseña y nos ofrece una correcta y eficiente interpretación sobre el particular.

Desarrolla la autora en seis capítulos que denomina temas, desde el aspecto geológico del suelo americano, hasta la formación de los pueblos y culturas, incluyendo entre ambos los métodos para establecer fechas, las migraciones de los primeros contingentes humanos y el estudio de sus restos y culturas. Los dos primeros, son una especie de introducción a los posteriores; se ocupa inicialmente del medio ambiente que tuvo posiblemente el primer hombre que llegó a América, con las glaciaciones del período Pleistoceno y del Neotérico. Respecto a este capítulo creemos que una mayor brevedad para dejar espacio y tiempo a otro tema digno de mayor polémica, no hubiese desmerecido en nada el conjunto. En el segundo, se ocupa de los procedimientos para fijar las edades especialmente los basados en métodos físicos y químicos, dando amplios detalles y ejemplos del procedimiento por el C. 14. Como auxiliar de la Geología, este método abre nuevos horizontes en el campo etnológico al fijar con gran precisión la edad de restos orgánicos. A partir del tema tercero se ocupa del hombre mismo y de sus actividades, empezando con las migraciones de los grupos primitivos que cruzaron el estrecho de Behring y se dirigieron en todo sentido hasta llegar a la parte más meridional de América. En el cuarto nos pone al corriente de la importancia de hallazgos de ciertos utensilios, en base a los cuales se deduce la antigüedad del hombre en el nuevo mundo. Los descubrimientos norteamericanos, especialmente los hechos en Estados Unidos, están tratados con amplio espíritu crítico. Lo más primitivo encontrado en nuestro país, está muy bien sintetizado y perfectamente documentado. Otras zonas de América están poco consideradas y pese a que la autora nos dice al iniciar el estudio de los hallazgos sudamericanos, que sobre estos hay mucho publicado, pero poco valioso, nos hubiese agradado le concediese mayor atención.

Después de tratar los fósiles humanos, objeto del tema quinto, pasa en el siguiente a enunciar las diversas teorías y el acuerdo o desacuerdo entre los antropólogos, respecto al poblamiento de América y la formación de las culturas. En este último, hubiésemos querido una crítica a los distintos puntos de vista de los especialistas o al menos una correlación con las

fechas recientemente halladas, de tal manera de poder juzgar lo que con los nuevos conocimientos tienen de verdad. Al final del folleto encontramos un par de renglones, a través de los cuales la escritora nos da su explícita opinión, que en ningún momento anterior hace conocer y que se refiere a puntos fundamentales del problema: época de la aparición del hombre que estima en 10.000 años como mínimo y autoctonía de las culturas, aceptando en esto que "las culturas se desarrollaron en un principio en forma independiente, pero en tiempos relativamente recientes, posiblemente dentro de la era cristiana, se establecieron contactos y se recibieron influencias a través del Pacífico del sureste de Asia y quizás Polinesia". Fija así, el definitivo concepto moderno sobre los puntos que hasta hace poco eran objeto de fundamental controversia entre la llamada Escuela Norteamericana y la Europea. Dentro de su opinión hay una frase que desconcierta un poco y es ésta: "En general estas conclusiones están basadas en evidencias inadecuadas" y admite "que una y solamente una puede adelantarse con toda confianza: necesitamos más realidades y una nueva metodología de aproximaciones". Interpretamos esta frase, como el intenso anhelo de la señorita Wormington de basar en lo posible los descubrimientos, sobre métodos cuyos resultados no puedan discutirse. Nosotros también lo deseamos y esperamos que si se logra en forma tal que la prehistoria americana modifique o confirme supuestos, nos lo haga saber.

Lelia M. Cano

TEODORO ARAMENDIA. *Sobre el descubrimiento y singulares características de Ushuaia prehistórica*, en *Anales del Museo Nahuel Huapí*, tomo III, pág. 21-32, Buenos Aires, 1953.

El autor de este trabajo —a quien la Administración General de Parques Nacionales le encomendó la misión de estudiar y coleccionar materiales sobre la prehistoria de la Patagonia y Tierra del Fuego, en la costa bañada por el Océano Atlántico— ha realizado durante 30 años viajes periódicos

por la Patagonia estudiando sobre el terreno los tesoros arqueológicos y etnográficos de aquella zona del litoral marítimo, particularmente los conchales y paraderos.

Ahora nos habla de su viaje a la Tierra del Fuego, donde descubrió, al pie, de su capital, un interesante lugar que fué habitado por los indios canoeros yaganes, los cuales acumularon durante muchísimos años, enormes depósitos de restos de comida, los conchales, y en ellos un abundantísimo material de orden arqueológico, antropológico y etnográfico. Los conchales de esta Ushuaia prehistórica tienen la forma de colmenas; y vistos de frente comprenden unos 180 metros de largo, con un espesor de 3 m. en su parte media y con un fondo de 50 m. aproximadamente. Pero lo más curioso, dice el autor, es el hallazgo, en su superficie, de más de 50 depresiones o concavidades que tienen 1 m. de profundidad y alrededor de 7 m. de diámetro cada una; ellas fueron el asiento de los respectivos hogares de los grupos familiares yaganes. El autor calcula que en el conchal vivían unos 350 habitantes en la época prehistórica más reciente de Ushuaia. Pero esa población, habrá sido siempre estable? El señor Roberto T. Reynolds Bridges, antiguo poblador de aquella isla, dotado de una vasta cultura y descendiente del misionero Tomás Bridges, —y que nos ha dejado un interesantísimo trabajo sobre la construcción y acondicionamiento de las canoas por los indios yaganes— asegura, por sus antepasados, que al establecerse el conocido misionero en 1871 en la bahía, ya no había agrupaciones de yaganes en ella. Y esto se debió a que por informes de los mismos indios, allá por 1825, una terrible epidemia produjo una gran mortandad, y los pocos sobrevivientes se desbandaron. Por ese motivo, el espesor de la tierra vegetal ha cubierto, protegido y conservado el conchal.

Este es pues, otro ejemplo con que se podría documentar positivamente una de las causas reales de la desaparición de la población yagan en la bahía de Ushuaia.

Finalmente, el autor llega a conclusiones de valor histórico, etnográfico y educativo que concuerdan con las conocidas y publicadas por los principales etnólogos del país. Se agrega, además, un croquis de ubicación del conchal y un corte

transversal de una concavidad, todo en colores, muy bien presentado.

Salvador C. Laría

KELLER R. C., *Los aborígenes de Chile*; Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina; LXX págs., Santiago de Chile 1953.

Este trabajo del profesor chileno Carlos Keller se presenta como introducción a la segunda edición de la obra del mismo nombre de don José Toribio Medina. La finalidad radica, por consiguiente, en poner al lector al día en el campo del conocimiento de la arqueología y etnología chilena.

Se evidencia, en la interpretación que hace de la cultura araucana, la influencia de la escuela histórico-cultural. De acuerdo con la misma hace una ajustada síntesis de las características de los ciclos de los recolectores, cazadores superiores, agricultores y ganaderos.

Carlos Keller enumera y señala los caracteres morfológicos de los restos de las 16 culturas de tipo recolector, que según él existieron, y algunas todavía subsisten, en territorio chileno. Ellas serían: los pobladores de tipo primordial del Norte Grande; una cultura neolítica en Tatal; los aborígenes de Arica; los uros; los changos; los chonos; los alacalufes; los yaganes; los onas; los tehuelches; cultura más antigua de los yámana; cultura patagónica I; cultura patagónica II; cultura patagónica III; cultura patagónica IV; cultura patagónica V.

De estas culturas nos dice el autor chileno que cinco se han conservado hasta nuestros días (la de los uros, alacalufes, yámanas, onas y tehuelches) y dos fueron conocidas después de la conquista del continente por los españoles (la de los changos y la de los chonos). Las demás sólo tienen carácter arqueológico.

Trata luego el autor de manera sintética de las altas culturas que tuvieron por escenario geográfico a Perú, Bolivia, y Norte de Chile. Se refiere, por consiguiente, a las culturas

de Nazca, Chimú, Zona central del Perú, Tiahuanaco, Atacameños; para referirse finalmente a los Incas.

Esta síntesis que hace Keller, tanto de las culturas de tipo primordial como de las altas culturas, en las sesenta primeras páginas de su estudio, alcanza la finalidad de situar al lector en ese complejo que constituye la cultura araucana.

Es de sumo interés etnológico el análisis que hace Keller de los elementos culturales que conforman la vida material, social y mental, del araucano chileno. Señala el autor la diversidad de su origen, pues hay algunos elementos que pertenecen al ciclo de los cazadores superiores; otros al de los agricultores inferiores; otros más al de los agricultores superiores; y no faltan elementos que corresponden al ciclo de los ganaderos. Aquí Keller nos hace una observación aguda. Los elementos que constituyen el patrimonio cultural del pueblo araucano cuya procedencia es múltiple como hemos visto, no se han fusionado entre sí, sino que subsisten frecuentemente unos al lado de otros. Se puede señalar a título de ejemplo la casa redonda con techo cónico, correspondiente al ciclo de los cazadores superiores al lado de la rectangular con techo a dos aguas típica de los agricultores inferiores.

La interpretación que hace de la religión araucana entra también en el mismo lineamiento. Los mapuches, en sus manifestaciones religiosas, evidencian las influencias de las culturas que la integran. La religión solar corresponde al ciclo de los cazadores superiores, la lunar al de los agricultores, y la creencia en un ser supremo a los recolectores y ganaderos.

No hay duda que el estudio de Carlos Keller resultará sumamente útil para los lectores de la obra de don José Toribio Medina. El libro del gran historiógrafo chileno, quizás el más completo en su género y que presenta un estudio casi exhaustivo de las fuentes históricas correspondientes al tema, requería una introducción como la de Keller que situara a los aborígenes de Chile en el marco de los ciclos culturales y resaltara a la vez la diversidad de origen de los elementos que componen la cultura del indio mapuche.

Horacio Zapater

IBARRA GRASSO D. E, *La Escritura Indígena Andina*; Biblioteca Paseña; 318 págs., La Paz 1953.

El arqueólogo y etnólogo argentino Ibarra Grasso, dió a conocer en escritos anteriores, publicados en diarios y revistas, sus observaciones de una antigua escritura cuyos signos jeroglíficos todavía siguen vigentes entre los indígenas de Bolivia. En esta obra, el autor ha reunido, en forma ordenada y crítica, todo el material existente en la materia.

Esta primaria escritura despertó la atención del arqueólogo alemán Juan Tschudi, pero no alcanzó a darle trascendencia por considerarla de origen reciente. Ibarra Grasso, corroborando sus observaciones con los datos de los cronistas, sostiene, sin embargo, que esta escritura es de origen precolombino. Su manera de leerla es sumamente primitiva. En buena parte de los textos se empieza la lectura "por la parte inferior de la página del lado derecho. De allí se corren hacia la izquierda, continuando luego en la segunda línea hacia la derecha y así sucesivamente hacia arriba hasta concluir en el sitio casual del final del escrito".

El autor señala que esta escritura además de signos ideográficos y simbólicos, presenta también signos fonéticos.

En cuanto al material empleado varía desde arcilla, piedra, cuero y papel. Este último material es el usado en la actualidad, mientras que los signos grabados en los otros cuerpos son generalmente de origen más antiguo.

El primer estudio que se hizo de esta escritura fué el realizado por el arqueólogo boliviano Tamayo, quien descifró los caracteres escritos en un cuero que data del siglo XVIII. Para su interpretación aplicó el método empleado por el profesor Soler en el desciframiento de las pictografías mejicanas. Ibarra Grasso hace notar, en un capítulo de su obra, como el arqueólogo Posnansky plagió a Tamayo al tratar a su vez el tema.

Esta escritura de naturaleza muy primitiva estaría, según nuestro autor, emparentada con las pictografías de los *Pieles Rojas*, de los indios *Cunas* de Panamá, y con los signos

aztecas y zapotecas, por solo citar caracteres poco evolucionados de escrituras existentes en América.

Una sola objeción tendríamos que hacer a la obra de Ibarra Grasso y es, que en su capítulo dedicado a los datos proporcionados por los antiguos cronistas no suministre en sus citas una información más detallada de las fuentes.

Para un cabal conocimiento de esta escritura resulta sumamente útil el apéndice documental que presenta el libro que comentamos. Consiste en cuadernos y hojas escritos por indígenas con signos jeroglíficos, a los cuales Ibarra Grasso acompaña la traducción respectiva, bajo una doble versión quíchua-castellana o aimará-castellana.

No hay duda del beneplácito con que los estudiosos de las cosas de América recibirán esta obra que significa un nuevo aporte para el conocimiento de una antigua escritura americana.

Horacio Zapater

LAGO T., *El Huaso*. Ediciones de la Universidad de Chile. 247 págs. 39 láminas; Santiago de Chile 1953.

Chile es uno de los países hispanoamericanos que cuenta con mayor variedad de tipos sociales con características bien señaladas, como son, sin lugar a dudas, el caballero, el roto, el huaso.

Tomás Lago en esta obra acerca del hombre rural chileno alcanza a darnos la semblanza de lo que ha sido y ahora es un huaso.

Las tres cuartas partes de su obra giran alrededor de un elemento que es el que da su típico perfil al huaso: el caballo.

El autor, uno de los más afamados folkloristas chilenos, se explaya con autoridad de maestro en todo aquello que está unido al noble animal.

En busca de los orígenes del huaso y de su peculiar condición de hombre de a caballo señala Lago como se produjo

en los primeros tiempos de la conquista el trasplante al nuevo reino no solamente del cuadrúpedo sino también de la escuela de equitación de la jineta que en aquel entonces primaba en España.

Pero no es suficiente para comprender al hombre rural chileno, nos da a entender el autor, el tener solamente en cuenta el mencionado trasplante; recordemos que el indio también incorpora el caballo a su vida material y mental.

En el lento proceso de la formación del pueblo chileno, asimismo estuvo presente el noble cuadrúpedo. En el correr del tiempo surgirá una manera de montar a la chilena, una silla chilena, espuelas y estribos chilenos. El caballo se aclimató al campo del país trasandino y constituyó casi el único medio de transporte en la vida colonial. Los juegos ecuestres, cañas y sortijas, de origen español, se arraigan en suelo chileno mientras caían en desuso en la Península.

Lo mismo podríamos decir en nuestro país donde el juego de la sortija se sigue practicando en la actualidad. El criollo como el indio admiran el caballo, tejen leyendas y fantasías alrededor de él y se enorgullecen de sus hazañas.

Capítulos de interés folklórico es el que dedica a los estribos y espuelas chilenos. Señala Lago el origen asturiano del estribo, pero el tallado de la madera es de influencia jesuítica alemana del siglo XVIII, y de aquí su carácter típicamente barroco. También en la confección de las espuelas se evidencia la influencia de los Padres de la Compañía de Jesús.

Los dos últimos capítulos de la obra están dedicados a la vestimenta del huaso. Trata con atención de su pequeño poncho o manta de vivos colores, de su sombrero cordobés, que frente a lo que se podía creer solamente es usado por el huaso desde principios del siglo. Anteriormente llevaban una especie de gorro de forma cónica bastante similar al utilizado por el gaucho argentino. Completaba su atavío la chaquetilla corta ajustada al cuerpo, su chaleco abierto sobre la camisa blanca, su zapato puntiagudo cerrado sobre el empeine y de taco muy alto, y sus polainas que suben más allá de la rodilla

hasta el medio muslo. Toda esta vestimenta, señala el autor, no hace al huaso, si no sabe utilizar el lazo. Por esta característica presenta similitud con otros hombres rurales americanos.

A través de una animada prosa, Tomás Lago alcanza a darnos la estampa del huaso. Nos hace sentir el brillo y la emoción del rodeo chileno en todo lo que tiene de pintoresco, fastuoso y popular.

Hay algunos aspectos, en torno al huaso, que Lago no trata. Nada nos dice, por ejemplo, de su vida familiar y social, de sus creencias y supersticiones, y del papel que le tocó desempeñar en la Historia de Chile. Por supuesto éstos no son reparos que se puedan hacer a la obra de Tomás Lago porque no se puede pretender en un libro agotar las diversas facetas de un tema. Además el autor es Director del Museo de Arte Popular de la Universidad de Chile, y es en su carácter de folklorista que ha escrito esta obra.

Algo más deseamos agregar a lo ya expuesto, y es señalar lo galano de su estilo y la sobriedad y precisión de su lenguaje. Experimenta, además, el lector la pasión y el fervor con que Lago ha escrito su obra.

Horacio Zapater